

armenios, a los «hispanos». Un trabajo posterior, «Sobre el origen de "español"», aunque ofrecía una indudable vertiente filológica, incidía de nuevo en una preocupación central de Maravall, intentar esclarecer «el origen de un posible sentimiento de comunidad hispánica y las diversas formas que ésta presentaba en los siglos medievales». El término «español», señalaba Maravall, aparece como nombre de persona en tierras pirenaicas de Aragón en el siglo XII y como étnico en el XIII en Castilla, difundiéndose rápidamente hacia Cataluña.

Pero la obra fundamental de José Antonio Maravall en esta dirección es, sin lugar a dudas, *El concepto de España en la Edad Media*. Se trata de un trabajo de una erudición prodigiosa, que ha merecido tres ediciones (en 1954 la primera, las siguientes en 1964 y 1981). Maravall partía de la idea de que «ciertas peculiaridades de la Historia española... dependían, por lo menos en parte, de la propia visión que de su convivencia política tuvieron los españoles, a través de los siglos medievales en que se fraguaron las comunidades políticas de la Europa moderna». Para ello nada mejor que seguir el desarrollo del concepto de España en el transcurso del medievo, puesto que en dicha época no sólo pervivió el viejo vocablo con el que los romanos designaron al conjunto de la Península Ibérica, sino que en torno al mismo se forjó un sentimiento de comunidad.

La obra que comentamos consta de dos partes bien diferenciadas. En la primera, «Hispania universal», Maravall sigue la pista a la evolución del término que nos ocupa en tiempos romanos y visigodos. Observa la consistencia del vocablo Hispania, al que nunca pudo arrinconar el de Gotia, así como la denominación de «hispani» para las gentes que habitaban en los Pirineos y de «hispana» para la marca creada por Carlomagno en el nordeste de la Península Ibérica. Pero sin duda lo más llamativo de esa época fue la utilización de la palabra Hispania para referirse al territorio ocupado por los musulmanes, lo que no se tradujo en la denominación de hispanos para las gentes que vivían en Al-Andalus.

La segunda parte de la obra, «Regnum Hispaniae», es, desde nuestro punto de vista, la más interesante. La empresa histórica de la Reconquista, opina Maravall, no podría entenderse en modo alguno sin la idea misma de España. Conviene recordar, no obstante, que el autor de *El concepto de España en la Edad Media* está haciendo historia del pensamiento, lo que significa que hable de la Reconquista «como idea». Los cristianos del norte peninsular luchan, ciertamente, contra un enemigo político (al margen de su condición de «infiel»), pero lo hacen para restablecer un dominio legítimo. No se trata sólo, por lo tanto, de una conquista militar, sino de una auténtica restauración, retornando a la situación existente antes de la «pérdida de España». «Si cada uno de los príncipes cristianos sabe muy bien que su tierra es parte de España, y si llaman, con valor de totalidad, España, a la extensa tierra en poder de los moros, esto indica hasta qué punto sentían sus propios ámbitos o territorios como parciales y dinámicamente lanzados a recobrar esa tierra a la que, como un miembro al todo, pertenecía la que cada uno de ellos dominaba», afirma Maravall en un pasaje de su obra.

Después de pasar revista al mito de la herencia gótica y de puntualizar el sentido que tenían en la Edad Media conceptos como los de reino o función regia, Maravall insiste en la existencia, entre los reyes de la España medieval, de un indiscutible vínculo de solidaridad política. Así por ejemplo para el cronista catalán del siglo XIII Bernat Desclot

la campaña cristiana contra los almohades que desembocó en la victoria de las Navas de Tolosa era una empresa propia del rey de Castilla y de «els altres reys d'Espanha». Desde la vertiente castellana un cronista del siglo XV, Fernán Pérez de Guzmán, dirá a propósito de Fernando I (el de Antequera) que «sus fijos e fijas deste rrey de Aragon poseyeron todos los quatro reinos de España», mostrando asimismo los lazos comunes interhispanos.

Hubo en tiempos medievales una idea imperial, surgida en León y trasladada posteriormente a los reyes de Castilla y León. Esa idea, que ya se proyectaba sobre todo el territorio peninsular con Alfonso VI («imperator totius Ispanie»), se hispanizó plenamente con Alfonso VII ¿No implicaba ese imperio una potestad superior? ¿No sugería la idea de un «rey de España»? Tomic, un escritor catalán del siglo XV, admitía que los descendientes de Pelayo tuvieran «lo primer titol de rey de Hispanya, Leo e Castella». No obstante la idea imperial leonesa quebró, perviviendo sólo como un recuerdo. En cualquier caso España, concebida «como un ámbito de poder, regido solidariamente por varios reyes», era asimismo un ámbito territorial adecuado «para la realidad o la posibilidad de un poder monárquico». Este lo alcanzarían los Reyes Católicos, quienes poseían, expresándolo con las palabras de Diego de Valera, «la monarquía de todas las Españas».

Pero España es asimismo el solar en el que viven unas gentes que mantienen elementos comunes, unos modos de vida y unas costumbres en cierto modo similares. España, nos dice Maravall, «no es puro espacio geográfico... sino una comunidad humana tan honda que sus componentes ofrecen unas mismas cualidades». ¿No se generalizó en la Edad Media una forma de actuar que se consideraba peculiar de España, la «consuetudo Hispaniae»? ¿No alude precisamente a esa «costumbre de España» el monarca catalano-aragonés Jaime II en un documento que data del año 1295?

*El concepto de España en la Edad Media* constituyó en su momento una novedosísima aportación para el esclarecimiento de uno de los temas capitales, pero a la vez sumamente polémico, de nuestro pasado medieval. En 1989, cuando escribimos estas páginas, podemos afirmar con toda rotundidad que la mencionada obra de José Antonio Maravall ha adquirido la categoría de un clásico de la historiografía sobre la España medieval. Aunque sólo fuera por ese libro los medievalistas hemos contraído una deuda con el profesor Maravall.

La historia social, entendiendo esta expresión en un sentido estricto, ha merecido igualmente la atención de José Antonio Maravall, al cual debemos algunos brillantes trabajos en esta parcela de la investigación. En el denominado «Los "hombres de saber" o letrados y la formación de la conciencia estamental» habla de ese grupo de personas que, gracias a sus conocimientos (particularmente en leyes) y al hecho de que se situaran próximos a los titulares del poder, se convirtieron en una auténtica «capa estamental». Los letrados procuraron apropiarse de la función que desempeñaban, convirtiéndose en un grupo cada vez más cerrado. Por su parte la reseña de un libro aparecido en 1966, *La sociedad estamental de la baja Edad Media española a la luz de la literatura de la época*, debido a la venezolana Luciana de Stefano, dió ocasión a Maravall para elaborar un breve pero muy sugestivo trabajo, «La sociedad estamental castellana y la obra de don Juan Manuel». En él defendía el interés de estudiar los textos literarios medievales para cap-

tar a través de ellos no las opiniones personales del autor sino «la capa o tejido de creencias, ideales, sentimientos, mitos, etc., que circulan en una sociedad». Desde esa perspectiva, señalaba Maravall, la historia del pensamiento «se convierte en una rama de la Historia social».

La preocupación de José Antonio Maravall por conocer «la formación y desarrollo de la mentalidad burguesa» se manifiesta con toda nitidez en su trabajo «Franciscanismo, burguesía y mentalidad precapitalista: la obra de Eiximenis». Los escritos del franciscano catalán Francesc Eiximenis, por lo demás tan ligado a la ciudad de Valencia, constituyen, en opinión de Maravall, un excepcional exponente de una ciudad marítima en la que los mercaderes ocupan un puesto relevante, pero sobre todo son un testimonio inigualado del papel de la burguesía y de los albores del capitalismo. Al fin y al cabo, siempre según nuestro ilustre historiador, Eiximenis era un producto típico de una cultura comunal, lo que resultaba comprensible en la corona de Aragón, habida cuenta de las populosas urbes con que contaba en el litoral mediterráneo. En definitiva este trabajo de Maravall podía considerarse como propio de la historia del pensamiento, aunque enfocada ésta «desde el ángulo visual de una historia social», según sus propias palabras.

La importancia que concedía el profesor Maravall a la burguesía, como clase social en ascenso en la Baja Edad Media hispánica, está en estrecha conexión con las líneas argumentales básicas que encontramos en dos de las obras más conocidas de cuantas ha publicado nuestro autor, *El mundo social de "La Celestina"* y *Las Comunidades de Castilla, una primera Revolución moderna*. Es evidente que ninguna de estas dos obras se sitúan en el marco cronológico de la Edad Media, toda vez que aluden al reinado de los Reyes Católicos, la primera, y al de Carlos I, la segunda. Pero ello no nos parece obstáculo para que sean tenidas en cuenta a la hora de valorar la historiografía acerca del medievo de José Antonio Maravall, pues ambas entroncan directamente con algunos de los postulados defendidos por este autor al interpretar la sociedad hispánica de los últimos siglos de la Edad Media.

La obra literaria atribuida a Fernando de Rojas nos ofrece, en opinión de Maravall, un interesantísimo trasfondo social, caracterizado por el ascenso de la alta burguesía, clase que basaba su éxito en la posesión de riquezas, y por la quiebra de los viejos lazos de carácter feudal. Un prototipo de la nueva clase ociosa lo constituye en la obra Calixto, en tanto que Sempronio o Pármeno ejemplifican a los criados que sirven a sus señores sólo por el afán de lucro, sin que quede en ellos ni el menor rastro de la antigua fidelidad que impregnaba las relaciones feudales. *La Celestina* nos muestra una sociedad dominada plenamente por una economía dineraria. Se trata, por lo tanto, de un producto peculiar de la cultura urbana que sin duda refleja, piensa Maravall, el panorama de las ciudades castellanas de fines del siglo XV.

La monografía sobre las Comunidades, obra que mereció cinco ediciones en vida de su autor, constituyó en su momento un auténtico revulsivo en el ámbito de la historiografía española. Frente a la opinión imperante en los años que siguieron a la guerra civil, que veía en las Comunidades un movimiento de signo retardatario, de claras resonancias feudales, Maravall presentaba aquella sublevación contra Carlos I ni más ni menos que como «la primera revolución moderna» de la historia de Europa. Los comuneros, según

su punto de vista, no luchan por la conquista de unas libertades concretas, sino por el logro de la «libertad». Se trataba, por lo demás, de una aspiración hondamente sentida en tierras castellanas, pues hundía sus raíces en la trayectoria seguida por su pueblo en el transcurso de la Edad Media. Los comuneros propugnaban una concepción democrática del régimen político, concepción que tenía asimismo sus antecedentes en la vieja historia de Castilla. Pero dicho anhelo no era solamente una reminiscencia del pasado, sino también una actitud consecuente con las tendencias democráticas que, al decir de Maravall, informaban la época del primer Renacimiento y cuyos rasgos más acusados eran «el cansancio del régimen señorial», «el desarrollo de la burguesía» y «la difusión de un espíritu de “libertas cristiana”». De nuevo encontramos el protagonismo de la burguesía. Al fin y al cabo las Comunidades habían sido un movimiento de carácter urbano, en el cual el papel dirigente lo habían desempeñado los burgueses, aunque en su desarrollo participaran otros grupos sociales. A este respecto Maravall señalaba que «los grupos burgueses de la cultura urbana, al terminar el Medievo, se presentan históricamente actuando en reivindicación de los derechos comunes y generales, en nombre de lo genérico humano, aunque los intereses que los muevan sean peculiares de aquel estamento».

Así pues el profesor Maravall nos ha presentado, en sus trabajos de específica «historia social», el panorama del mundo hispánico a fines de la Edad Media. Sus notas características serían el declive de las formas feudoseñoriales y el ascenso de la burguesía de las ciudades, fenómeno paralelo a la creciente importancia de la economía basada en el dinero, o lo que es lo mismo a la génesis del sistema capitalista. Desde fines del siglo XIV, señalaba Maravall en una nota de uno de sus capítulos de su libro sobre las Comunidades, «se acentúa un movimiento de libertad económica, impulsado por las nuevas formas capitalistas que se desarrollan». Esa burguesía fue también portadora de los deseos de libertad que bullían en tierras castellanas. Su manifestación más genuina se alcanzó en el levantamiento de las Comunidades, el cual, aunque finalmente fracasara, constituye un hito importante «en la historia de la libertad democrática en España», en palabras de José Antonio Maravall.

La contribución de Maravall al medievalismo no se agota con lo expuesto. Antes al contrario, otras muchas cuestiones merecieron asimismo su atención. En este capítulo es preciso incluir sus trabajos sobre el «saber», sus contribuciones a la historia de la Cataluña medieval o sus reflexiones acerca del feudalismo.

Entre los años 1957 y 1966 José Antonio Maravall publicó diversos trabajos relacionados con el «saber» en la Edad Media: «La estimación de Sócrates y de los sabios clásicos en la Edad Media española», «La “cortesía” como saber en la Edad Media» y «La concepción del saber en una sociedad tradicional». Ciertamente resulta difícil poner una etiqueta a esos trabajos, que recuerdan en cierto modo a la vieja historia de la cultura, pero de hecho se inspiran más en una historia del pensamiento renovadora.

«La estimación de Sócrates...» es un extenso y muy erudito trabajo, en el que Maravall pasaba revista a la valoración que hicieron los intelectuales de la España medieval de los escritores clásicos. Por las páginas de dicho artículo desfilan, entre otros, Homero, Platón, Aristóteles, Virgilio, Ovidio y Séneca. Pero sobre todo destaca Maravall la elevada estimación de que gozó Sócrates, considerado por muchos fundador de la filosofía y